



—Abramos la puerta! Ejecutemos nuestras órdenes!

—Cuidado con lo que vais á hacer,—dijo el preso,—he tomado medidas para recibirlos, que os harán arrepentir de vuestra violencia.

Sin atender á ese aviso, abrieron la puerta.

Bertrand, el llavero, se mantuvo detras, y los asaltantes se ocultaron en la vasta sala antigua y sin muebles que servia de sombría y triste antecámara á los calabozos de ese piso.

Le Prévost estaba armado de ladrillos que habia arrancado de su piso; sus llamas le alumbraban; nadie podia acercarse sin correr riesgo de recibir un golpe. Hubo un profundo silencio; los agresores ecsaminaban el local.

Para entrar en el cuarto de Le Prévost, era necesario bajar un escalon entre dos puertas, despues, pasar una cama de cuatro piés de alto que cerraba la abertura con la cabecera en toda la anchura de la puerta, y ademas dos sillas cubiertas de ladrillos y baldosas, defendian la entrada del asilo del detenido, á derecha y á la izquierda.

Uno de ellos, el que habia querido asir al preso por el puño, se adelantó hasta la segunda puerta, é inmediatamente recibió un ladrillazo en el estómago, y ya no esperó el segundo para retirarse.

El escento mandó cerrar la puerta para consultar, y tomar otras medidas con los llaveros y con los soldados.

Deliberaron, se decidieron á un doble ataque por la ventana y por la puerta; pero el inspector de policía no se atrevió á avanzar el primero, y los soldados rehusaron esponerse y hacerse herir inútilmente, y solo se prestaron á hacer mucho ruido al derredor de la plaza sitiada, con la esperanza de aturdir ó de espantar al preso.

A falta de ellos, los criados del Torreón se ofrecieron á ayudar, con la esperanza de obtener una recompensa.

La puerta se volvió á abrir á la voz del escento, avanzaron cuatro hombres de frente; los terribles ladrillos volaron como el rayo, dos asaltantes se retiraron con precipitacion, gravemente heridos, y los otros, desordenados, siguieron ese ejemplo.

El inspector de policía hizo medio cerrar la puerta, y pidió el fusil al capitán Village, quien se apresuró á dárselo, creyendo intimidar á Le Prévost.

Pero éste, ya desesperado, cogió el cañon para quitárselo á su enemigo; vióse forzado á soltar su presa; la puerta se cerró de nuevo, y el escento fué á consultar otra vez con su espantada tropa.

Tratóse de dar un tercer ataque, con alguna certidumbre de buen écsito.

Al fin de ese consejo tumultuoso, acercáronse atrevidamente tres hombres, cubriéndose con un jergon de paja, arrodillados detras de él, presentándolos á los golpes del sitiado; pero ese extraño escudo, esa barrera de nuevo género, no llegaba mas que á la altura de la puerta.

Al principio Le Prévost les lanzó dos cántaros llenos de agua, los que cayendo á plomo sobre sus piernas, les hirieron inundándoles, y los terribles campeones huyeron... por prudencia.

El jefe de la tropa, al que sobre todo, deseaba el preso hacer sentir la pesadez de sus golpes, tuvo el arrojo de probar los arranques de un valor tardío, persuadido sin duda de que ya no tenía que temer armas ofensivas.

Apareció en la brecha con espada en mano, é inmediatamente sintió el golpe de cierto vaso cuyo contenido ensució é infectó su hermoso vestido azul.

No pudiendo resistir á semejante defensa, el oficial se apresuró á abandonar el campo de batalla, y mandó cerrar la puerta.

Antes de que hubieran tenido tiempo de obedecerle, uno de los suyos recibió en la frente un trozo de ladrillo que le hizo caer en medio de los dos pisos.

La tropa desfilaba con el mas grande desórden, cuando el llavero Bertrand, que estaba detras de la puerta, pidió el permiso de desembarazar la brecha de los ladrillos y de los tuestos que la obstruían.

Concedióse una tregua por una y otra parte.

Bertrand se apresuró á limpiar el campo de batalla, y dijo á Le Prévost que todos los visitantes tomaron la fuga, que el oficial iba á Versailles á confesar su derrota, y que los heridos iban á ser llevados á casa del cirujano para que los curara.

Le Prévost, léjos de enorgullecerse por su victoria, estuvo alerta el resto de la noche, temiendo dejarse sorprender y ser vencido en un ataque imprevisto.

Al dia siguiente, conoció que estaba sin víveres, y que no tenía ni una gota de agua.

Esta miseria espantosa duró tres dias enteros, lisonjeándose los sitiadores de hacer que el preso se les rindiera por hambre.

El gobernador de Rougemont enviaba todos los dias correos á Versailles, encargados de informar al ministro del estado á que se hallaba reducido el preso, y de la esperanza que se tenía de obligarle á capitular.

Pero Le Prévost habia jurado dejarse morir de hambre y de sed ántes que dejarse cojer, porque creía que se le queria llevar al monte de San Miguel, y la muerte le parecia preferible á los nuevos tormentos que le esperaban en aquel lugar.

Temiendo que tuviera bastante resolucion para cumplir su palabra, acabaron por darle alimentos, y cambiaron el sitio en una especie de bloqueo.

El preso persistió en no dejar libre entrada en su cuarto, y en mantenerse continuamente á la expectativa.

Quince dias habian pasado en este estado de treguas, cuando el 15 de Marzo á las diez de la mañana, volvió el inspector de policía, decidido á dar un nuevo asalto á la plaza que le habia opuesto una resistencia tan vigorosa.

Esta vez ya no estaba disfrazado de oficial de marina; iba vestido con un tra-

ge gris y marchaba á la cabeza de una tropa de agentes de policía, representando su papel ordinario; precedíalos un perro estremadamente gordo de talle.

Fieles á su antigua táctica, llegaron haciendo un ruido espantoso, á fin de asustar á aquel de quien querian apoderarse.

Abrieron las puertas con estrépito, y en seguida guardaron silencio para observar los nuevos medios de defensa que iba á oponerles el preso.

Vieron con terror un muro seco, edificado con los restos de un sarten, de una multitud de ladrillos y de baldosas sobre el último escalon del cuarto que era preciso pasar; y encima de todo eso la cabecera de la cama que se parecia á una fuerte muralla.

A esto es preciso añadir que ninguno de los asaltantes podia ver al intrépido sitiado, quien estaba oculto en el rincon de la abertura de la puerta, y á cubierto por la pared del cuarto que era octógono.

—Cómo atacar á este hombre determinado?—se dijeron entre sí.—Mirad piedras dispuestas á ser lanzadas sobre nosotros; la ventana está cerrada por dentro y por fuera, con dos enormes rejas, con un grueso tragaban; la irrupcion no ofrece ninguna facilidad mas que por la puerta; pero los primeros que se presenten, corren riesgo de ser heridos.

Decidieronse á hacer avanzar á su gran perro, escitándolo á superar todos los obstáculos.

Pero el animal se espantó con la granizada de piedras que volaron por todos lados, y habiendo recibido un golpe violento en el hocico, se retiró léjos, y rehusó obedecer á la voz de su amo.

Entonces los asaltantes se resolvieron á destruir la muralla facticia, y á atraer á sí al perro por medio de un gancho puesto en el cabo de un largo palo.

Pero ántes de recurrir á este expediente, el inspector de policía intentó persuadirle; y tomando un tono que procuró hacer firme, dirigió al preso estas palabras:

—“Señor, estoy encargado de llevaros de aquí á otra parte; rendíos de buen grado y no se os hará ningun mal.

—Y qué!—respondió Le Prévost,—¿no hace quince años que estoy aquí preso despues de haber estado encerrado un año en la Bastilla? Por qué se me quiere trasladar de nuevo en vez de ponerme en libertad? Cuáles son mis crímenes?

—Lo ignoro,—dijo el enviado del ministro,—yo solo ejecuto órdenes.

—No teneis órdenes,—replicó el preso.

—Os engaños, puedo enseñaros una firmada por el baron de Breteuil, para llevaros á Charenton.

—Por qué no me dijisteis eso ántes!—esclamó Le Prévost; creía que se trataba de conducirme al Monte de S. Miguel. ¿Me prometéis dejarme leer vuestra orden?

Bajo la palabra de honor que recibió y con la que creyó debia contentarse,

Le Prévost depuso las armas, y permitió que se le acercasen sin ningún obstáculo.

Cuando entraron todos, el escento le dió á leer la órden de que era portador, la cual estaba concebida de este modo:

—« Mandamos al señor Royer de Surbois, que lleve al señor Le Prévost á la casa de caridad de Charenton, hasta nueva órden. Dada en nuestro palacio de Versailles, el 10 de Marzo de 1784.—Firmado: LUIS; y mas abajo, EL BARON DE BRETEUIL.»

El preso, despues de haber leído, declaró que estaba pronto á obedecer, con la condicion de que se le permitiera llevar su maleta, lo cual le fué permitido. Puso, pues, en esa maleta, sus papeles, la cerró con cuidado, la selló y la hizo amarrar sólidamente detras del coche que debía llevarle; pero cuando llegó á Charenton, habia desaparecido, y ese mismo dia entraba en los archivos de la Bastilla.

En cuanto al desgraciado y valeroso denunciador del *pacto de la hambre*, este horrible atentado contra la vida del pueblo, todavia fué llevado de Charenton á Bicêtre, de Bicêtre á una casa de fuera de Bercy, y no recobró la libertad sino hasta 1789, despues de la toma de la Bastilla.

Habia pasado preso veintidos años, sin haber sido juzgado, sin que siquiera se hubieran tomado el trabajo de interrogarle.

Y cuando salió libre, hacia quince años que Luis XVI estaba en el trono, y tenia por ministros á Malessherbes y á Turgot, quienes, segun decia, lo mismo que él, eran los dos hombres mas honrados del reino....

Aquí debe darse lugar á una aventura galante, como muchas de las que acontecian entónces, que tuvo por resultado que encerraran en Vincennes á uno de los Lovelace de aquellos tiempos, al caballero de La Porquerie.

En el número de los conventos de Paris se contaba el del Buen Socorro, cuya abadesa era una señora Doussaillant, que habia sido muy hermosa, y que habia tenido la desgracia de conservar un corazon jóven bajo un rostro un poco deteriorado por los años.

Pecadora, poco arrepentida, á lo ménos habia merecido el título de compasiva de los males que habia sufrido y que aún sufría, de manera que bajo todas las apariencias de una grande austeridad, el convento del Buen Socorro era realmente un lugar de placer, donde muchas reclusas encantadoras hallaban toda clase de medios para distraer sus encantos.

Este asilo estaba en plena prosperidad: allí abundaban las pensionarias.

Todas las mugeres mas hermosas, separadas judicialmente de sus maridos, se refugiaban allí, y cada dia numerosas y elegantes caballeros, llenaban el locutorio, donde se hallaba la abadesa, á fin de vigilar constantemente las ovejas confiadas á su cuidado, y tambien para juzgar un poco del mérito de los visitantes.

Esa santa muger estaba un dia en el locutorio con una de sus mas lindas pen-

sionarias, que se llamaba Mad. Mimi, cuando se presentaron allí dos mosqueteros, de los cuales uno era primo de una pensionaria á quien iba á visitar con mucha frecuencia, y el otro era el caballero de La Porquerie, quien á primera vista se enamoró violentamente de los encantos de Mad. Mimi.

Hacia tiempo que ya se lo habian dicho todo con los ojos: la prima y el primo, el caballero y Mad. Mimi, se entendian perfectamente: todos suspiraban por el momento feliz en que pudieran verse sin testigos.

Mad. Mimi, como amiga y confidente de la abadesa, creyó que le seria posible vencer las dificultades; pero á la primera insinuacion que hizo, vió con sorpresa que Mad. Doussaillant estaba metamorfoseda en un dragon de virtud, y comprendió que la santa señora era simplemente su rival.

Por fortuna, los enamorados siempre tienen espedientes.

Mad. Mimi y la bella prima hallaron medio de ir durante la noche al jardín del convento, del cual daba una de las paredes á la calle.

Vieron el sitio en que el jardinero encerraba las escaleras, y avisaron de todo á los dos mosqueteros, á fin de que estuviesen prontos á recibir á sus hermosas del otro lado de la pared.

Todo esto fué hecho con tanta destreza y felicidad, que las dos pensionarias, desde su primer ensayo, fueron á pasar la mitad de la noche á una pequeña casa vecina del convento que los dos mosqueteros habian alquilado.

Esa dichosa noche fué seguida de otras muchas semejantes.

Los cuatro amantes eran las gentes mas felices del mundo.

Sin embargo, Mad. Mimi habia adivinado.

La ardiente abadesa no se habia mostrado tan rígida, sino porque estaba tan violentamente apasionada del caballero de La Porquerie.

Viendo que éste preferia á Mad. Mimi, le prohibió ir al locutorio, y siempre que los dos mosqueteros se presentaban allí, hacia cuanto le era posible por atraerse las miradas del caballero, y hacerle ver en las suyas el ardiente amor que le tenia.

Pero el caballero, jóven y hermoso, tenia demasiados compromisos de esa naturaleza, para echarse en los brazos de una abadesa que ya habia pasado de los cuarenta; tenia cosas mejores que hacer; empleaba todo su tiempo, y con mas voluntad se habia entregado al reposo, que entregarse á nuevas fatigas.

La Doussaillant, furiosa al verse desdeñada, buscó los medios de vengarse.

Los dos mosqueteros fueron despedidos; prohibióles ir al locutorio: esperaba que obrando de este modo, provocaria reclamaciones, que se intentaria ablandarla, &c., y su sorpresa fué muy grande, al no oír hablar de los dos visitantes, y al ver á Mad. Mimi, y á la otra pensionaria amiga suya, con las caras tan alegres como ántes.

Algo mas tarde, creyó notar en los rostros de las dos amigas, ciertos indicios de fatiga....

¿Qué misterio era ese?... Porque en esto había un misterio, y la abadesa tenía demasiada esperiencia para no estar segura de ello.

Para descubrirlo mejor, fingió reconciliarse con Mad Mimi; la dijo que prohibiendo á los mosqueteros ir al locutorio, no había hecho mas que tomar una medida de prudencia; pero que desarmada por su sumision, y reconociendo que sus temores no eran fundados, levantaba la consigna y permitia que se avisase al caballero y á su amigo.

Mad. Mimi conoció el lazo, y respondió que esa medida no la había disgustado absolutamente nada, y que seria bueno conservarla, de miedo de que las visitas de esos señores fuesen mal interpretadas y diesen alimento á la maledicencia.

La abadesa comprendió que la engañaban, y que las cosas estaban mas adelantadas de lo que al principio había creído.

Aumentó su vigilancia á fin de que ninguna carta pudiese salir ni entrar en la casa sin que le fuese entregada; pero esto no tuvo ningun resultado, y Mad. Mimi, lo mismo que su amiga, no se manifestaron ni ménos alegres, ni ménos dichosas, ni ménos fatigadas.

La abadesa se perdía en conjeturas.

No dormía.

Una noche que pensaba en los medios de que debía valerse para descubrir la verdad, tuvo la idea de hacer una ronda en los cuartos y en los dormitorios.

Llegó al de Mad. Mimi....

No halló á nadie, ni la cama estaba deshecha!

Corrió al cuarto de la otra pensionaria....

Tambien estaba desierto!....

En fin, en la estremidad de un corredor, halló abierta la puerta que conducia al jardin.

—Cierto,—se dijo—que en el jardin es donde se ven los amantes.

Allí es donde va á sorprenderles, á gritar: *ladrones!* á hacerles aprehender.... la venganza será completa!

Mad. Dussaillant llegó al jardin; le recorrió por todas partes, andando con mucha precaucion, y deteniéndose de tiempo en tiempo para escuchar; pero no vió á nadie, y en todo el jardin reinaba el mas profundo silencio.

Al cabo vió la escalera puesta contra la pared.

Ya no había duda: ese era el camino que las pensionarias tomaban todas las noches.

De este modo se esplicó sus rostros fatigados, y la sumision de los mosqueteros, que no habían hecho ninguna tentativa para obtener la revocacion de la orden que les prohibia la entrada en el locutorio....

La abadesa, llena de cólera, corrió á despertar á toda la comunidad, prepararon las hachas, y ocultas en el jardin, se dispusieron para que los culpables no pudiesen librarse de la vergüenza que debía ser su primer castigo.

Las dos pensionarias se hicieron esperar mucho tiempo.

Para ellas pasaban las horas con tanta rapidez.

En fin, una hora antes de amanecer, apareció encima de la pared uno de los mosqueteros, puso el pié en la escalera, y tendió la mano á Mad. Mimi, á quien seguia la otra pensionaria sostenida por su muy amado primo.

En ese momento se oyeron en el jardin los gritos de:

Ladrones! socorro!

Todas las religiosas acudieron con hachas; abriéronse las ventanas de las casas de la cercanía.

Los mosqueteros desaparecieron rápidamente; pero las dos pensionarias se quedaron allí, al pié de la escalera, ocultándose los rostros con las manos, y pidiendo por favor que se les dejase volver á sus aposentos.

En efecto, fueron llevadas á ellos; pero no ántes de que el delito estuviese bien atestiguado, y se les encerró, esperando que se decidiese de su suerte.

Algunas horas despues, envió Mad. Doussaillant al rey, el proceso verbal completo de la aventura, y le pidió el castigo de los dos mosqueteros culpables de rapto con escalamiento, &c., &c., &c.

Esto era servir á Luis XV segun su gusto.

Nada le agradaba tanto como esa clase de aventuras.

Hizo comparecer ante sí á los dos mosqueteros, quiso que les refiriesen los hechos con sus menores detalles, y se rió con tanta gana, que los culpables se creyeron salvos.

Pero el rey cesó de reir de repente, y les declaró que el crimen que habían cometido, no podía quedar impune.

—Señor,—dijo uno de ellos,—yo amo á mi prima, soy amado de ella; he prometido casarme con ella, y ofrezco cumplir mi palabra; ¿no es esto una reparacion suficiente?

—En efecto,—respondió el rey sonriendo—el castigo será proporcionado al crimen. Casaos, pues, inmediatamente, y no dejéis de presentarme á vuestra esposa.... Porque, de veras, no todos los dias se vé una heroína como ella.... ¿Y vos, caballero?

—Ay! Sire, Mad. Mimi, á quien adoro, está desgraciadamente en poder de su marido:

—Pues bien! romperémos ese matrimonio.

—Ah! Sire, permítame V. M. decirle que eso seria un poderoso ejemplo.

—Entónces, señor de La Porquerie, iréis preso.

—Sire, V. M. verá que estoy pronto á obedecer sus órdenes.

—Presentaos dentro de dos horas en el Torreón de Vincennes; y procurad hacer allí sérias reflexiones, esperando nuestras órdenes ulteriores.

El caballero obedeció.

Y mientras que se hacia encerrar en el Torreón, un personage, conductor de

una orden del rey, mandaba à la abadesa del Buen Socorro, que le entregara la persona de Mad. Mimi, sobre cuya suerte queria pronunciar él mismo.

Fué preciso obedecer, y en la misma noche, la hermosa rival de Mad. Doussaillant entraba en el Parque de los Ciervos, en ese monstruoso harem, en que el viejo monarca se hundia en los mas espantosos desórdenes.

Esa muger, dice un historiador, no habia hecho mas que cambiar de convento.

La frase es cínica; pero verdadera.

Al fin, Luis XV sucumbió bajo el peso de los desórdenes, y un nuevo rey subió al trono.

Este es un rey, hombre honrado; por todas partes se le dice: así, pues, va à acabar con los abusos; à lo ménos va à suprimir las cartas selladas, esa monstruosidad por medio de la cual se cometieron tantos crímenes bajo sus predecesores.....

Pues bien! no, los abusos continuaron como ántes, y las cartas selladas se firman como en otro tiempo.

Una de las principales víctimas de ese espantoso é incesante despotismo, ó de ese *buen placer* como entonces se decia, fué Mirabeau, Mirabeau el Grande, Mirabeau, hijo de ese marqués de quien ya hemos hablado, y à quien tan tontamente se habia dado el título de *Amigo de los hombres*.

Nacido en 1749, Mirabeau tuvo al principio como profesor à un hombre de mucha capacidad, llamado Poisson; à los catorce años, su padre se lo quitó para ponerlo en la escuela militar, de donde salió à los diez y sies años, cuando no tenia nada que aprender allí.

Era un jóven ardiente, fogoso, capaz de las mas grandes cosas, y que podia ser arrastrado à las mas malas.

Necesitaba un guia firme, resuelto, bastante fuerte para contenerle siempre, y que le impidiera desviarle del camino recto.

Su padre, en vez de darle ese guia, su padre, el *Amigo de los hombres*, lo entregò à sí mismo, y le envió à una guarnicion.

Entónces el jóven se entregó al juego, à los desórdenes; tuvo queridas, duelos, deudas....

Sin duda que esto era demasiado; pero su padre podia llamarle à su lado, mantenerle, hacerle entrar en otro camino.

En vez de hacer esto, el *Amigo de los hombres* pidió una carta sellada contra ese hijo que todavia no cumplia diez y siete años; le hizo encerrar en la isla de Rhé, y manifestó intencion de enviarle à las colonias españolas, à donde entónces eran esportados los vagamundos, los bandidos, la hez, el fango animado de la Europa....

Ved ahí el mundo en que el *Amigo de los hombres* queria echar à su hijo de edad de diez y siete años.

Hicieronse vivas representaciones à ese padre desnaturalizado y no osó pasar adelante.

El jóven obtuvo ir à Córcega como voluntario en un regimiento de caballería y se condujo allí tan bien, que al fin de la campaña fué hecho capitán de artillería.

Mirabeau volvió à casa de su padre; luego volvió à Provenza, donde se casó con una señorita de Marignanne, una de las mas ricas heredades de la ciudad de Aix.

Desde ese momento abrumaron à Mirabeau muchas pesadumbres domésticas; su muger le engañaba; su padre le hizo desterrar à la ciudad de Manosca.

Rompió su destierro para ir à pedir satisfaccion à un hombre que habia insultado à su hermana; entónces, y siempre à peticion de su padre, fué encerrado en el castillo de If.

En 1775, el *Amigo de los hombres* se dejó ablandar, y consintió en que su hijo tuviera por prision la ciudad de Pontarlier.

Allí Mirabeau conoció à Sofia de Ruffei, marquesa de Lemonnier, muger de un presidente del tribunal de cuentas de Dôle.

Sofia, jóven, bella y espiritual, se habia casado con un hombre de setenta años: fascinada por Mirabeau, sucumbió à su pasion.

Pronto se descubrieron esas relaciones; Mad. Lemonnier fué enviada por su marido à su familia que estaba en Dijon.

Mirabeau la siguió; pero Mad. de Ruffei, madre de Sofia, lo hizo poner preso.

Mirabeau estalló en violentas quejas; habló, escribió, se dirigió à los ministros, al rey; volviéronle la libertad, y se aprovechó de ella para hacer que su querida volviese al lado de su marido.

Pero el marques de Mirabeau, el *Amigo de los hombres*, no entendia de que las cosas pasaran tan tranquilamente, y al mismo tiempo obtuvo una orden de prision para relegar à su hijo al castillo de Doullens, en Picardía.

Avisado de este nuevo atentado por el mismo ministro Malesherbes, Mirabeau se refugió en Suiza; Sofia fué à reunírsele.

De allí, los dos amantes fueron à Holanda, donde Mirabeau se puso à sueldo de algunos librereros, lo que le permitió vivir tranquilo durante algun tiempo.

De repente, supo que su padre habia obtenido una nueva orden para sacarle de la Holanda; Mirabeau se fugó; pero Sofia fué aprehendida, y él fué à entregarse para participar de su suerte.

Los amantes fueron llevados à Paris; inmediatamente encerraron à Mirabeau en el Torreon de Vincennes, y à Sofia, que estaba en cinta, la depositaron en una casa, vigilada por la policia; allí parió, y en seguida fué llevada al convento de Santa Clara de Gien, el 17 de Junio de 1778.

En los primeros dias, rehusaron à Mirabeau plumas, tinta y papel; pero muy pronto, ¡cosa estraña y que ha quedado sin esplicacion! Lenoir, teniente de policia, le permitió escribir à Sofia siempre que quisiera, y recibir las respuestas de sus cartas; tambien le permitió escribir en su prision muchas obras, y autorizó